

## “Il padrone della notte” de Stanislaw Niewo

Mariapia LAMBERTI y  
alumnos del Seminario de traducción  
Universidad Nacional Autónoma de México

“Il padrone della notte” es un cuento del escritor italiano Stanislaw Niewo, que aparece en el volumen de cuentos homónimo publicado en 1976.<sup>1</sup> El autor, nacido en 1928, periodista y escritor, descende de una aristocrática familia italiana que dio a las letras un nombre ilustre: Ippolito Niewo (1831-1861), autor de una de las más célebres novelas del *Risorgimento: Confessioni di un italiano*. Quizá el pasaje más conocido de esta novela sea la descripción del antiguo castillo de la familia Niewo, y sobre todo de su “aquerónica” cocina, teatro de las aventuras infantiles del protagonista. El castillo, ubicado en la región de Friuli, en el norte de Italia, fue destruido en 1976 por el terremoto que asoló aquella región. El cuento del descendiente de Ippolito Niewo relata precisamente los cincuenta y cinco segundos que hicieron desaparecer aquel monumento familiar, histórico y cultural, hecho inmortal por el ilustre antepasado.

La versión al español de este cuento es fruto del esfuerzo colectivo del primer grupo de traducción que se ha formado en el departamento de Letras Italianas de la Facultad de Filosofía y Letras desde la desaparición de Alaide Foppa en 1981. El trabajo fue realizado en el primer semestre del año académico 1984-1985 (Traducción I) por Marcela Alborno, Laura Ocampo, María Teresa Peralta, Ana María Muñoz, Ana Vigil y Edmundo Contreras, bajo la supervisión de la maestra Mariapia Lamberti.

<sup>1</sup> *Il padrone della notte*. Milano, Mondadori, 1976.

## El dueño de la noche

STANISLAO NIEVO

Apenas habían dado las nueve, y la noche bochornosa de mayo envolvía como un bulto gaseoso la gran construcción que durante seiscientos años había dominado la colina, ensanchándose en un óvalo de piedras ingenuas y poderosas que culminaban en tres torres.

En el interior de este falansterio, dividido en cinco bloques que se soldaban, entre patios, jardines y portones, en un único conjunto, vivían cinco familias, de primos; unas treinta personas. Ocupaban algunas alas de la gran construcción. Otras partes estaban vacías, si bien amuebladas minuciosamente. Otras, en fin, estaban abandonadas.

Era una casa enorme, articulada, que había crecido durante siglos y se había fundido en una armonía grotesca, hasta las dimensiones actuales de cuatrocientas habitaciones, muchas de las cuales parecían verdaderas plazas de armas. La familia que había morado ahí había sido siempre la misma, aunque sus ramas se habían retorcido y quebrantado.

Abajo, en los subterráneos, se alargaban como tentáculos huecos tres largos sótanos. En uno de ellos estaba encerrado un vasto depósito de botellas de champaña, junto a cajas de vino más modesto.

Los grillos no habían cantado aquella noche, pero nadie se había percatado de ello. Tampoco se habían oído las lechuzas que volaban entre las torres, con una notoria simpatía por la del centro. Las lagartijas que habitaban en los vericuetos de los inmensos muros, habían salido de sus refugios casi todas al mismo tiempo, al atardecer, huyendo hacia el declive septentrional donde se abría el parque y la construcción terminaba a plomo sobre un bosque de avellanos.

Nadie se había fijado en estos animalitos, salvo un niño de ojos almendrados y rostro antiguo que aquí vivía. Aquella tarde, al regresar de la escuela no había visto ni siquiera uno de los gatos que frecuentaban los meandros del lugar. Mirando hacia arriba había notado un curioso juego de golondrinas, como un carrusel furibundo a baja altura sobre el triple giro de muros y terrazas, último límite de la gran construcción.

El pueblo al pie de la colina dormitaba tranquilo, iluminado por los nuevos reflectores, cuyos cables habían sido enterrados para no

estropear la magnífica perspectiva. Al fondo se vislumbraban las montañas, como un arco perdido en la noche lunar.

La gran construcción apenas blanqueaba, con sus gruesos bloques apoyados uno al otro, como gigantes duros y cansados. Macizo y un poco retrasado con respecto a la entrada que pasaba debajo de la torre, brillaba un edificio hexagonal, un poco torcido. Era la cumbre alta, la fortaleza de la construcción. Su techado dejaba entrever tejas deshechas, a veces faltantes, y necesitaba reparación. Más al oriente, con perfil militar, dos poderosos edificios en ángulo, uno de ellos rojo, cerraban el escenario de la extraordinaria arquitectura. Esta formaba un panorama célebre que cada domingo atraía tropes de turistas y algunos estudiosos, por una cantidad de vicisitudes históricas y artísticas que se confundían con la leyenda.

A las nueve y un minuto de aquella noche, la luna se escondió. En aquel momento se cortó la electricidad y la gran construcción desapareció.

En la obscuridad una onda invisible abrazó las piedras y empezó a masajearlas con ritmo violentísimo. Era una onda insólita. Surgía del terreno y provocaba una vibración sonora que descendía por una escala entera y huía más allá, hacia gamas desconocidas. Parecía que un tren enorme, a loca velocidad, corriese sobre un puente de hierro sepultado en las entrañas de la tierra. Sobre él una cohorte de viajeros locos tocaba los elementos de una orquesta inmensa, provista de todos los instrumentos que una mente desencadenada pudiese idear y dotada de millares de altavoces.

El ruido salía de la tierra elevándose por todas partes, acompañado de un olor a quemado. El sonido serpenteó entre las piedras metiéndose por doquier como una culebra centellante. Entró en las torres mientras el insoportable mensaje violentaba hombres y cosas.

En las terrazas floridas que el verano precoz llenaba de color, rosas, nomeolvides y rododendros se cerraron bajo el estrépito torrencial, retorciéndose en una polinización histórica. Asumiendo nuevos tonos, las fibras se empaparon de linfa siguiendo el feroz acompañamiento. Pero estaba oscuro y nadie vio nada.

Se inició una sonata salvaje sobre la cual se elevó un timbre argentino, precipitándose en una desmesurada nota baja traspasada por mil toques de trompeta. Era un grito de apocalipsis y la gran construcción golpeada en sus cimientos se encogió en una defensa automática. Las piedras, inmóviles por siglos, sintieron una vida olvidada correr a su encuentro, un alarido antiguo, maternal, hinchado de fracturas. Surgido de un abismo lejano embistió las piedras, y ellas se movieron. Los muros oscilaron, se arquearon en dirección contraria a su propia elasticidad.

Pero la huella del tiempo había formado un surco en el cual recayeron, después de un extraño giro de vals.

Las torres continuaron bailando. *El trino del diablo* de Tartini, agitado, golpeó los muros. Dos grados musicales unidos se alternaron con incisión maligna llevando la vibración a un diapasón insoportable.

Entonces la torre central abrió de par en par el techo, que voló lejos como un pájaro de ladrillos perdiendo sus plumas rojas. Las piedras se escurrieron al interior sobre el portón de abajo. En el centro de gravedad vacío había una telaraña de hierro, un reloj viejo de cuatro siglos. Embragaba con delicadeza la torre. Esta había sido construida, en dos periodos, primero el arco extremo y los flancos, y siglos después la pared interna que daba al patio del pozo. Ahora todo se derrumbaba al llamado sombrío que surgía de la tierra.

Había sido todo un acontecimiento para la región entera, cuando se había levantado, pequeña pirámide de Egipto, de los bloques cargados con poleas inclinadas, a principios del siglo XVI. En la cima tenía un minúsculo caballero de hierro. Señalaba el punto más alto sobre la llanura ondulada que terminaba en el mar. Una familia de príncipes oscuros había crecido aquí dentro, volviéndose famosa. Había tenido corte, ejército, había acuñado moneda, administrado justicia y creado la economía de la llanura en un conjunto de vicisitudes olvidadas. A la torre central se habían agregado otras dos. Con ellas había crecido el tejido del pueblo a sus pies. Ahora éstas morían.

Como un caracol la torre más vieja entró en sí misma con un soplo ultrajado. El caballero de hierro quedó en equilibrio sobre una viga arrancada, haciendo girar su figura aterrada. De lado, el muro más antiguo, ligado a la torre, trató de resistir el estrago, liberándose en los ángulos en común que se derrumbaron con ruidos sordos y acolchados.

Bajo tierra se elevó una espantosa suite de arpas. Era la pieza central de un concierto jamás oído, arrollado por la demencia. Lenguas blancas de rocas, cubiertas de cal encogida por el tiempo, se extendieron en los patios centrales desbordándose de un portón a otro. Delante de este desconcertante tapete, el torreón, centro del conjunto, se retrajo como un animal herido. Se desplazó sobre sus cimientos, estrujándose como un trapo. Envivió a la familia que lo habitaba y al mobiliario interno, estirando las centenarias vigas de hierro que enjaulaban su forma. Una terraza se zambulló en el vacío con plantas, mesas, bancos. Las ventanas tintinearón, pero ninguna se rompió. Aplaudían la misteriosa fuerza que resquebrajaba cada cosa pero perdonaba las estructuras frágiles, los vidrios, las flores.

Una caliente nube de cal se extiende por doquier. Desde el inicio del vertiginoso baile habían transcurrido cinco segundos.

En el salón del siglo XVI en el piso central, la más vieja de las grandes salas que dominaban la llanura, los bustos de los emperadores romanos en las paredes rojas hicieron una reverencia y quedaron inmóviles sobre sus propios podios, mientras que la onda de cal se ensanchaba atravesando patios y grandes estancias como un fantasma, para huir por las chimeneas. Las estatuas resistieron, mas no las religiosas. Parecía que hubiese en aquel fenómeno desprovisto de toda gracia, una rebelión contra la armonía aceptada desde hacía tanto tiempo.

El Cristo del siglo XV, anfitrión de piedra que en el salón inferior bajo los emperadores acogía a cada visitante con gesto de bendición, fue golpeado por la espalda. La cabeza se desprendió del busto que fue abatido. Parecía hecha pedazos por un misterioso usurpador. Detrás del Cristo caído apareció una puerta empotrada en el muro grueso. Se oyó un estruendo obscuro, pero la puerta no se abrió. Los cuadros, en la sala, se descolgaron cayéndose. Sólo uno resistió deteniéndose después de una danza histórica. Representaba a San Romualdo arrollado por una visión oscura.

Las oscilaciones aumentaron entre sonidos de tambor y quejidos de violín. La nube caliente espesó. Era un cuento de brujas, y un aliento pestilente transformaba en un castillo infernal cada estructura, entre rechinos y carcajadas. La maciza picota que había servido para antiguas condenas en el patio, después de haber sido una piedra miliar romana en la antigua vía de Aquileia, marcaba ahora el centro de la horrenda fiesta. Alrededor todo danzaba vertiginosamente.

Una escalera de piedra blanda se aflojó junto a la picota, y otra, roja, de ladrillos, se desprendió como una lombriz incierta, deshaciéndose sobre la tierra. Entre las dos escaleras quedaron de pie un contrafuerte empotrado y dos lápidas, recuerdo de una novela famosa y del escritor que aquí la había creado. Ahí abajo se abría un amplio local de un indefinido número de lados que había inspirado el relato de una cocina aquerónica en realidad jamás existida. El suelo se abrió y la cueva soñada apareció. Un fuego apenas visible corrió entre las grandes mesas que la llenaban, deslizándose sobre enseres gigantes. El lugar se dibujó por sí mismo. Aparecieron las figuras ceñudas que los visitantes enamorados de la novela se imaginaban en sus visitas dominicales. El ruido era aquel de las ollas famosas, agigantado como si en un solo minuto debiese cocerse el borboteo secular que le había dado renombre. Era una risotada gorgoteante que subía de la obscuridad

más intensa. Se elevó hacia las arcadas, encendió sombras y oscilaciones perdidas y pareció llevar una ligera suavidad dentro de la caverna.

Un mundo olvidado subió desde el tren desconocido y reapareció. Mil rostros, desgarrados por la nostalgia, se dibujaron. Un niño miraba entre ellos. Soñaba el mar, bajo la línea caliente del sol de primavera. La mirada sonrió, llena de melancolía, y se volvió con ternura hacia los muros. Estos sintieron una energía desesperada que los sostenía mientras una pasión impía los arrastraba hacia el fondo, donde alguien celebraba la conclusión de un círculo mágico. Las ventanas herradas resistieron el extraño desequilibrio. Nada se movió en realidad salvo las sombras. Corrieron vehementes sobre los muros y los besaron con un ímpetu desmayado donde el amor quemaba de tal manera que quedaron sólo las cenizas.

Celosa de esta defensa la balada se ensombreció. La cocina fantástica delineó entre las llamas de la chimenea una combustión verdosa. Manchas resplandecientes serpentearon esparciéndose sobre el rostro de un viejo sin color, mientras un redoble de tambores cubrió la descarga de un fusilamiento. Los escombros apagaron la chimenea y las sombras desaparecieron. La cocina no existía ya.

En aquel instante la fachada externa se ensanchó. Las vigas se opusieron apuntalándose en un juego de habilidad. Los albañiles que habían erigido este bastión central habían pensado en la desquiciada orquesta porque la habían oído una vez. Había pasado también en aquel entonces sobre el largo tren. Por eso habían ligado la construcción con cadenas y con un trenzado de travesaños ideado por un antiguo maestro de obras. Las manos habían depositado entre las piedras algo que las defendía, una mezcla alquímica de astucia, técnica y tiempo. Ahora entraba al baile. Pero, ¿sería suficiente?

La pared inició un violento tiro a la soga y logró imponerse aunque algunos pedazos de muro cedieron. No quería caer.

Estaba aferrada ahí una historia hecha piedra sobre piedra, una historia de grandeza y miseria, de pena y astucia, con instantes gloriosos, abusos y llantos desesperados entre el cacareo de las gallinas. En medio, sobre los escudos de armas y las nidadas de gorriones, había crecido la construcción y todos la habían usado, amado, cambiado. Ahora las gárgolas volaban en lugar de los pájaros y las chimeneas saltaban como taponés de champaña. Una fuerza maligna guiaba la violencia con una libertad terrible.

Ventanas y puertas se abrían y cerraban en el balanceo. Centenares de medallones y de cuadros giraron como trompos. Eran los antiguos príncipes, enloquecidos sobre las paredes. Las piedras que

ellos habían acumulado defendían su orden. Bajo la bóveda, escondidos aquí y allá, sus nietos rezaban inmóviles. En los labios estridentes los pensamientos se habían esfumado. Se elevó un agudo de trompeta y otra fachada, golpeada de lleno, se deslizó descubriendo antiguos pasajes y revelando las estructuras que aún resistían. Alrededor los muebles bailaban frenéticamente, en espera del oscuro visitante que cambiaría todo sentido a la morada y que se había anunciado con el soplo del terror.

En el torreón del siglo XVI un hombre había escondido a su familia bajo una arcada viejísima que tronaba como si tuviera que hundirse bajo un peso insoportable. Era el corazón de la gran construcción.

Indescriptibles instrumentos tocaron al asalto de esta ciudadela poderosa. El hombre apoyó las manos sobre la pared junto con los suyos, con miedo sosegado. Mil manos desaparecidas hacía siglos se apoyaron a su lado. Cadenas y ensambles de cemento tendieron al máximo sus adarajas, mientras un fragor nuevo subía, y cada cosa se volvía blanca y verde, resplandeciente, como si fueran los colores de una extrema resistencia.

La lucha había llegado a su culminación. Un muro rojo al occidente se abrió y los muebles como hombres desnudos, quedaron expuestos, temblando.

La gran pared del torreón que daba hacia el parque al norte y mantenía junto el alto palacio lleno de torrecillas y de miradores se inclinó hacia afuera. Manos, traveses y pernos la detuvieron. Una de las torres restantes se volteó hacia abajo en aquel momento. Habían pasado diecisiete segundos desde que se había iniciado el sombrío jolgorio.

Siguió un instante de calma. La música se aclaró en tonos sofocados, casi acariciantes. La gran construcción existía aún, pero todo orden estaba trastornado. Abajo, los hombres aún estaban vivos.

Dos ráfagas de polvo denso se acercaron en el patio, alrededor del pozo que había permitido la vida del inmenso edificio. Una de las nubes era clara, salida de un torrente de piedra caída, la otra había surgido del suelo, más indeterminada, con olor a azufre. Se tocaron apenas intercambiándose algo, convulsivamente, casi comunicándose un pacto abominable o una orden a la cual ambas, aunque tan diferentes, no podían sustraerse. En aquel instante las rosas y los rododendros de las terrazas se abrieron ligeramente, como si surgiese el día. El techo de una de las dos hospederías se movió encajando las traveses superiores en defensa de la cama de un recién nacido, la última criatura que aquí había visto la luz. Un instante después el trueno se reanudó.

Una columna de vibraciones lacerantes y microscópicas acometió las estructuras restantes con rabia canina. Sin embargo los hombres no fueron tocados. El ritmo ahora tenía una vehemencia arcana, libre de cualquier herencia. Garras acústicas salieron del suelo desgarrando las paredes que quedaban.

Al pie de la colina, el pueblo estaba a oscuras. Se derrumbaba lentamente, casa por casa, a los pies de la gran construcción, unido con ella en toda suerte. Puñetazos armoniosos alcanzaban las piedras veteadas de las habitaciones. Pero ninguna criatura fue muerta. Los puñetazos llegaron hasta la última torre, la más arrogante y joven, que se deslizó sin ruido. En un sollozo geológico las garras sonoras corrieron hacia el cielo desquiciando todo lo que atravesaban. Dos veces el ala dieciochesca del gran falansterio, la más cargada de frescos y cuadros, fue abierta con violencia. Quedaron galerías vacías con bordes perfectos. Delante, la fachada que daba al pueblo quedó en pie. Atrás se había quebrado el techo decorado por un rafaelita famoso, Giovanni de Udine. Había pintado la caída de los titanes en lucha contra el cielo. Los frescos destrozados habían exaltado su mitología. Un gigante truncado miraba atónito el cielo que se había hecho real en la noche profunda. Había pasado otro segundo desde el tremendo inicio.

Las entrañas del suelo fueron golpeadas por un latido monstruoso. La más vieja de las cinco partes de la gran construcción se dividió. Sobre el muro descascarado las traveses detuvieron en equilibrio una masa de muebles pesados. Un cuarto de baño quedó en el aire, suspendido de los tubos que sostenían los lavabos en la antigua posición, sin piso como una exposición moderna.

La nueva perspectiva revelada por un muro disuelto, se fijó en el hombre del torreón y sobre los mil fantasmas que le ayudaban a mantener en pie el edificio. Estaban extenuados. El espíritu de la destrucción, como Marte en las guerras homéricas, entró al campo en persona con un estruendo nuevo y las manos desaparecieron. El largo muro de ángulos indefinidos estalló en piedras redondas. Parecían un enjambre de muchachos felices saliendo de la escuela. Bajaron corriendo por la escalinata rebasándose uno al otro. Una torrecilla con el techo de metal con arabescos pasó encima rechinando con una carcajada alegre. El hombre se quedó bajo el arco con su familia con las manos vacías. El olor a azufre aumentó. Parecía el paso de una bestia misteriosa que anunciaba su mundo feroz. El desconcertante olor invadió sótanos y galerías, subiendo a las salas y bastiones como el aliento irritante de un dueño salvaje. Desde la tierra, en



cientos de kilómetros a la redonda se elevó el mismo bramido. Una horda subterránea aullaba de triunfo.

Las tejas aún prendidas de los techos volaron como murciélagos silenciosos. Estatuas, frescos, armazones aparecieron en el cielo negro. La cal los empolvó como el maquillaje para un espectáculo teatral donde el cielo haría de cúpula.

Detrás de las paredes caídas aparecieron chimeneas y arcos empostrados. Había otro edificio, igualmente grande, prisionero abajo. De los mismos muros se resbalaron cuadros y medallones de poetas, condotieros, cardenales y antepasados oscuros de la antigua familia. Sus semblantes habían envejecido de golpe. Solamente los muros que daban hacia el pueblo con los vidrios emplomados de las ventanas, quedaron intactos, como si se tratara de un asunto íntimo que hay que esconder en casa.

Se elevó en la polvareda un torbellino de clavicordios que recondujeron, aquí, una infancia perdida. También el tiempo estaba trastornado. Regresaron los niños de tantas generaciones, junto a los que habían leído la novela de la gran construcción haciendo de ella su castillo encantado. Con un grito inmenso se voltearon, apagándose en un sollozo.

El polvo denso se elevó revelando un cuadro, un paisaje de los primeros flamencos. Apareció el viejo burgo con los mismos muros, como la fotografía juvenil de un personaje que se hiciera famoso en la vejez. Resplandecía de estupor y de luz, en un olor a prado segado. Albañiles con calzones a media pierna trabajaban levantando paredes. Un maestro velludo con ojos azules los guiaba, entrelazando el diseño que ligaba las gruesas vigas de castaño. Una serie de armazones del tejado, abiertas, se elevaban como un escenario sobre la colina, frente a las montañas. Filas de carruajes y asnos entraban por el portón bajo la torre abierta hacia el cielo. Un espolón indicaba el punto más alto de los trabajos. Montones de piedras estaban a sus pies, en lenguas blancas de espera. El límite al cual había llegado la construcción coincidía con el de destrucción que había sobrevenido ahora. Los dos momentos lejanos del tiempo se soldaron y la visión desapareció. Se cumplían en aquel momento veinticinco segundos.

Un instante después la última pared del torreón se desprendió de sus estructuras. Como una mancha mineral se dirigió hacia el vacío. Las piedras bajas quedaron vibrantes en su sitio. Sobre éstas giraron otras. Aparecieron tres heridas verticales y de éstas brotaron otras piedras unidas a veces de dos en dos, librando un vuelo bellissimo, blanco. Corrieron precisas de violencia, con una mecánica pura.

Pasaron en parvadas entre los árboles, arrollándolos. Ventanas y muebles las siguieron por el loco trampolín. Arrastraron en el vuelo las vicisitudes con las cuales habían vivido. Algo intentaba resistir, quedarse donde ya no había nada.

Manos y ojos despavoridos aparecieron aún, como ánades de una migración equivocada. Un teatrillo deciochesco, gloria de la casa, se libró con un chillido denso. Bastidores y escenarios giraron. Príncipes y plebeyos se aferraron a la escena. Estupidez, ingenio y extraviadas capacidades se entrecruzaron bajo el telón que ondeó entre aplausos inciertos. Una onda vieja pasó por última vez sobre la gran construcción creada entre tantos enredos, con natural magnificencia. Una muchacha de ojos centellantes corrió sujetándose la crinolina para no tropezar y se arrojó al escenario. Pero éste se había ido volando. En la caída de la última pared se formaron habitaciones aéreas por un instante. Eran delicadas y brillaban en la obscuridad, ampliándose. En una de ellas un joven aferró por la cintura a la muchacha de los ojos centellantes y la atrajo hacia sí. Remolinearon como hojas y desaparecieron entre las piedras hasta que la hierba se aplastó bajo los bloques llovidos desde arriba.

Una lengua de escombros vivaces, rojos, se extendió hacia aquella pendiente desde la torre central, alcanzándola con un beso estruendoso. Siguió un estertor y el torreón dejó de existir.

Un brindis fantástico lo saludó. Mil botellas de champaña se abrieron al unísono en las bodegas y el vino brotó como sangre excitada.

Lo oyó otra familia, acurrucada bajo una bóveda al oriente, en el ala roja. Entre ellos estaba el enjuto patriarca de la gran construcción. Sus ojos azules vagaban en la obscuridad, mientras cubría con el cuerpo a su mujer y a su hermana en la última protección. Su reloj fosforescente indicaba que habían pasado treinta y tres segundos desde que el desconocido visitante había tocado para desdicha de todos.

Ante aquel golpe, en muchos kilómetros a la redonda, cada cosa se había desatado en una libertad paroxística que se oponía a toda cohesión, a toda servidumbre, aún la más bella. Era un instinto de total apertura que destruía todo orden en un furioso jolgorio, que ya había causado la desaparición de mil personas, golpeado los cuerpos de miles de sus parientes. Una historia de tantas familias, completamente trastornadas con su tierra al inicio de una nueva era que nacía entre lágrimas y desventuras grandiosas.

Pero en la gran construcción y en el pueblo que había alrededor, ninguna criatura había sido muerta aún.

El tren en el que viajaba el visitante desconocido con la inmensa orquesta silbó otra vez. Arriba en una capilla derruida, el rostro narigudo de San Carlos Borromeo, sepultado por los escombros, sonrió tristemente. Sus manos ya no bendecían desde el viejo lienzo delante del cual había celebrado tres siglos antes una misa, en el tiempo de la gran epidemia de peste.

Desde los subterráneos el nuevo dueño ordenó la última danza. Todos se sometieron. En la biblioteca, bajo la capilla de San Carlos, se expandió un aleteo de mariposas. Una chimenea tejida con bordados de piedras se despedazó y un ángel tembló sobre una repisa. Los libros rodaron en el aire, volviendo a caer sobre sí mismos. Una armonía de contrapuntos violentísimos con toques de arpa se fundió con una pieza de gran dimensión, precipitándose en un adagio sardónico donde se advertían risotadas burlonas y retumbos de cascadas. Empezaba en aquel instante el segundo cuarenta y ocho.

La biblioteca se convirtió en un molino. Una pequeña burra blanca dominaba la escena desde la escribanía. Era el único cuerpo inmóvil. Crucifijos y sillas, cajones y botellas valiosas se unieron a la danza. Era un rito, un conjuro.

¿Resistiría la vieja ley de la gran construcción que imponía el no quitar la vida? Los violines furibundos se arrojaron sobre las estanterías y los libros, que continuaban revoloteando como insectos con las alas arruinadas. En el fondo de aquel inverosímil cancán apenas surgido, se oyó una nota religiosa, como un llanto, un amor desesperado, hacia todo aquello que devastaba. Fue un instante, luego las historias recopiladas en los libros se aplastaron bajo los ladrillos. Solamente la burra blanca, como la del papa que había detenido a Atila, el gran usurpador de esta región, no fue tocada. El rito había salvado la ley, pero no la casa ni su historia. Era el precio que se debía pagar.

Los cuentos, escritos en tantos modos, bellos y aburridos, dibujados en cientos de cuadros y de medallones bajo las travesaños pintadas, se deshicieron, con las habladurías y las vicisitudes de los hombres que habían vivido aquí durante veinte generaciones. Lo que la vida les había dado y quitado, y que había sido archivado allá adentro, desapareció.

En aquel instante el tren emitió un silbido lacerante y se perdió en la galería que nunca nadie había visto. Con él huyó el dueño de la noche. Había reinado durante cincuenta y cinco segundos.

Eran las 21:01 de un día de mayo, en un rincón de Europa llamado Friuli.